

## Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón por videoconexión desde Milán, 21 de octubre de 2020

*Textos de referencia: J. Carrón, Solo ves lo que admiras, apuntes de la Jornada de apertura de curso de los adultos y universitarios de Comunión y Liberación, y J. Carrón, Un brillo en los ojos. ¿Qué nos arranca de la nada?, Huellas 2020, capítulo 5. La relación con el Padre, (pp. 103-123).*

- *Le stoppie aride*
- *Be Thou My Vision*

*Gloria*

¡Hola a todos! Volvemos a empezar nuestro camino de Escuela de comunidad por videoconexión. Para poder estar humanamente ante la presión del desafío del Covid-19, no hay nada más pertinente que afrontar la cuestión de cómo incrementar la familiaridad con el Padre: «¿Qué camino ha elegido el Padre para introducirnos en la relación profunda y familiar con él? Ha enviado a su Hijo, haciendo de él una presencia que podamos interceptar, con el fin de que en el Hijo hecho hombre por obra del Espíritu Santo pudiésemos “ver” a qué relación de intimidad con Él estamos llamados y qué novedad insinúa esto en la forma de mirar y tratar todas las cosas. ¿Cómo introduce el hombre Cristo en la conciencia de pertenencia al Padre a aquellos que le han escuchado hablar y le han visto actuar? Cada gesto, cada palabra, cada mirada suya estaba impregnada, plasmada por la conciencia del Padre, testimoniaba la conciencia del Padre. “Como hombre, Cristo estaba verdaderamente dominado por la conciencia del Padre, tanto que pudo decir: ‘Yo y el Padre somos uno’” (Jn 10,30)» (*Un brillo en los ojos*, pp. 104-107).

Pero para poder relacionarse con la realidad como lo hace Jesús hay que verlo suceder. Y, como sabemos, no siempre lo vemos. Por eso hay una pregunta que ha surgido con mucha potencia después de la Jornada de apertura de curso: «¿Por qué yo no veo?».

*En la Jornada de apertura de curso, Mikel Azurmendi, en un momento de su entrevista, hablando de lo que le ha pasado, dice: «Esto lo tenía a mano, ¿por qué no lo miraba?» (cit. en Solo ves lo que admiras, p. 16). Me preguntaba por qué tantas veces yo tampoco veo lo que me sucede en la realidad como algo que viene de Dios, sino que rápidamente lo relego al azar. Retomando los ejemplos que salieron, el ciego de nacimiento y Azurmendi, me sale natural pensar que ambos estaban en una postura de apertura total. El primero cuando adquiere la vista que antes no tenía, es una evidencia grandísima; el segundo cuando estaba en el hospital convencido de que iba a morir y escucha a uno que le despierta total e inesperadamente, hasta el punto de llegar a encontrar en su experiencia, cuando los conoce, la respuesta para la pregunta «¿se puede vivir así?». ¿Por qué a mí no me pasa? Como Azurmendi, me doy cuenta de que yo también estoy cubierto de capas de prejuicios –por una permanencia formalista de años en la experiencia del movimiento– que me impiden tener una posición genuina frente a la realidad. “Sé” muchas cosas que no me ayudan a estar delante de lo que sucede con la apertura y lealtad propias de quien, en cambio, tiene “hambre y sed”, de quien tiene el deseo de descubrir qué hay más allá de la apariencia. Por eso te pregunto cómo podemos ayudarnos a quitarnos de encima todas esas capas que no nos ayudan en nuestro camino humano. Has hablado de «mirar» como punto de partida imprescindible para comenzar este camino humano. ¿Cómo volver a tener sencillez para mirar sin prejuicios? Gracias de corazón, de verdad, por el camino que nos propones hacer.*

Te agradezco esta pregunta, que el propio Azurmendi se planteaba y que me impactó mucho: «¿por qué no lo miraba?» (cit. en *Solo ves lo que admiras*, p. 16). Muchas veces, a pesar de vivir la experiencia del movimiento durante años, podemos no ver –como tú dices– porque es como si nos hubiéramos equipado para defendernos de la novedad, por acostumbrarnos a las cosas, como con una costra –un «esquema», dice don Giussani en el primer capítulo de *El sentido religioso*– que se

superpone a nuestra mirada. Pero lo sorprendente es que, sea cual sea esa costra, ese cúmulo de prejuicios, si uno se deja tocar verdaderamente por lo que el Misterio hace suceder ante sus ojos, ve cómo se quita de encima todas esas capas que lo cubren.

*Llegué a la Jornada de apertura de curso extrañamente tranquila. Lo digo porque, siendo un sujeto inquieto y lleno de preguntas como soy, me sorprendía y al mismo tiempo me preocupaba esa actitud. Cuando llego así a las cosas, es porque he creado una placa de hielo a mi alrededor para que nada pueda arañarme. Así que iba perfectamente en línea con la cuestión del nihilismo que estamos viendo últimamente. Me siento y aparece en la pantalla: «Solo ves lo que admiras». Primer toque al hielo. Esa frase llega como un rayo a cielo abierto y me pilla indefensa, sin escudos a los que recurrir. Desarmada, se despierta mi curiosidad, pero también la vana esperanza de que esa tranquilidad plana pueda mantenerse porque tampoco siento muchas ganas de abordar lo que viene. Apareces tú, Carrón, y dices: «Dios no puede hacer nada sin una apertura, sin una disponibilidad por nuestra parte». ¡Ya estaba dispuesta a huir! Llevaba varias semanas viviendo así: cada vez que se presentaba ante mí un signo, algo que me hiciera moverme y mirar, me refugiaba en mil cosas que hacer y en otros tantos discursos capaces de confundir hasta al mejor de los oradores. Pero la placa de hielo seguía aún gruesa, así que podía continuar. Llega el diálogo con Azurmendi, que en un momento dado dice: «Vaciar es estar dispuesto a que te digan cualquier cosa, a que tú no les digas nada. Tú estás para recibir algo. Si tú no te vacías, no vas a recibir nada. [...] Vaciar es estar dispuesto a ser amado» (cit. en Solo ves lo que admiras, p. 24). Más que un toque esto fue una llamada para derretir la capa de hielo. Pero a pesar de darme cuenta de cómo me estaba comportando, aún no había derribado el muro del todo. Luego, citando a don Giussani, dices: «...el Señor obra también con susurros. [...] Aunque sea por un soplo, [...] durante un momento, el hombre advierte un atractivo, una sugerencia, intuye algo que es más bello, que le corresponde más, que es mejor”. [...] La lucha contra el nihilismo se pone en juego ahí, en ese momento, en nuestra disponibilidad para interceptar y secundar ese “soplo”» (cit. en Solo ves lo que admiras, pp. 33-34). ¡Derretida y desarmada! Mi vida es salvada constantemente por ese soplo, por esos momentos que te sacan de la fosa que tú misma te has cavado y en la que has caído, para hacer que sigas caminando. Sobre esto, quería preguntarte una cosa: ¿por qué, a pesar de estos instantes que nos salvan de la nada, nos obstinamos en no mirarlos, o solo les damos crédito el tiempo que necesitamos para recuperarnos? No me escandaliza el olvido ni el hecho de ser continuamente rescatada sino la obstinación con que seguimos huyendo a pesar de haber sentido siempre en nuestra vida el calor de este gran abrazo que nos salva y nos libera, todos los santos días. Gracias por no cansarte nunca de repetir y de rescatarnos.*

Como veis, uno puede llegar a la Jornada de apertura de curso como tú dices, con una «placa de hielo» alrededor, dispuesto a no dejarse ni arañar. ¿Pero qué ha pasado? Como hemos escuchado, a lo largo de toda la Jornada de apertura, el Misterio no dejó de tomar la iniciativa contigo. Primero el título – «Solo ves lo que admiras»–, que no te deja indiferente («primer toque al hielo»). Segundo, «Dios no puede hacer nada sin una apertura, sin una disponibilidad por nuestra parte». Tercero, el vaciarse de uno mismo, que significa «estar dispuesto a ser amado». Por último, «el Señor obra también con susurros». Todas las capas de hielo no han podido resistir a esta constante iniciativa del Misterio contigo, hasta dejarte «derretida y desarmada». Así que no tenemos que preocuparnos, sencillamente, cuando sucede –porque en el fondo siempre es una gracia, siempre es una iniciativa suya–, tenemos que dejarnos derretir, dejarnos desarmar. Porque lo que ha visto nuestra amiga, tan “bellísimamente” como lo ha contado, ha sido el diálogo que ha entablado el Misterio con ella durante la Jornada de apertura. De la misma manera, el misterio sigue interactuando con cada uno de nosotros. ¿Pero por qué –pregunta al final– nos obstinamos en no mirar esos instantes que nos sacan de la nada y no les damos un crédito permanente? Porque somos libres. De hecho, Él no quiere imponerse ante nosotros, no quiere pisotear nuestra libertad, y por eso corre el riesgo, espera, nos da tiempo para que poco a poco podamos rendirnos –libremente– a esa evidencia que nos conquista cada vez más. La cuestión,

como vemos, es que, cada vez que experimentamos algo como lo que ha descrito nuestra amiga, no acaba ahí. ¿Cómo continúa luego en la vida cotidiana?

*En la Jornada de apertura de curso sentí desde el principio un impacto negativo por el título: «Solo ves lo que admiras». Me “fastidió” porque en lo que veo a mi alrededor durante este tiempo creo que hay poco que admirar. La nueva fase de la pandemia me parece peor que la anterior. Antes el confinamiento fue duro pero todo me parecía más “lejano”. Ahora están empezando a enfermar, por ejemplo, aunque no gravemente, personas cercanas a mí, de mi barrio. Luego están mis hijos que van al colegio y tienen clases a distancia (hacen una semana presencial y otra totalmente desde casa, online, y se hace muy duro). Cada uno de ellos tiene su tarea y como madre me da la sensación de que tengo que cargar con todas ellas. El listado sería largo. ¿Cómo voy a levantarme por la mañana y animar a mis hijos a mirar la jornada de manera positiva cuando ni siquiera yo me lo creo del todo? La semana pasada quedé con dos amigos muy queridos que han venido de fuera. Quedamos a desayunar juntos y nos contamos cómo nos iba la vida. Les conté lo que me pasaba y, hablando de la Jornada de apertura, les dije: «No veo nada que admirar en este tiempo, solo dificultades», y pregunté: «¿Qué tengo que hacer para admirar?». Uno de ellos me dijo: «La pregunta no es “¿qué tengo que hacer?” sino: ¿tú qué admiras?», y me dice: «En las cosas que nos has contado hay al menos cuatro hechos donde se ve que los has “admirado”, ¡piénsalo y dímelos!». Entonces me puse a repasar lo que acababa de decir. El primer hecho que había contado esa mañana era que mi marido, para ayudar a una de mis hijas a la que le cuesta seguir las clases online desde casa, se la llevó a la oficina para que las siguiera desde allí, luego se fueron a comer juntos y ella volvió a casa contentísima. El segundo hecho es este: yo doy clase en la universidad, los alumnos que vienen físicamente a clase son poquísimos, la mayor parte se conecta desde casa o desde donde esté, pero el rostro de esos pocos que están en clase se me ha quedado grabado, y dando clase pensaba en Azurmendi, que en el fondo es leal con lo que la realidad le pone delante y lo secunda. Mi amigo me dijo entonces: «¡Te faltan otros dos hechos!». Esos amigos eran mi «tribu» (como dice Azurmendi) especial: me hicieron ver algo que yo no era capaz de ver, me hicieron saborear más la realidad. Se trata de esto, necesitamos ayudarnos mutuamente a mirar, para mí este es el valor de nuestra amistad, y doy gracias al Señor que me introduce en la relación con Él a través de ellos (como el Padre que ha enviado a su Hijo para que lleguemos hasta Él). Es lo mismo que veo en el método y en el trabajo en acto de la diaconía del CLU, donde tú nos ayudas a ver ese “algo más” en los hechos que se cuentan. Por tanto, el desafío es justamente el de aprender a ver, aprender juntos de estas brechas que se abren en la realidad, aprender a vivir intensamente lo real sin quedarse en la apariencia de las cosas. Azurmendi dice durante la entrevista: «Solo hay una explicación [para la vida de las personas que describe]. [...] La verdad produce vida. Ese estilo de vida está producido por algo. Ellos dicen que es Jesucristo. Si yo necesito esa vida, admiro esa vida, es mi objeto de admiración, entonces tengo que admirar el motor que da vida» (cit. en Solo ves lo que admiras, p. 29). Esto es lo que deseo para mí: mirar el motor que mueve esta vida. Ese desayuno lo he recordado todos los días siguientes, tratando de reconocer durante la jornada el oro en medio del barro. Casi por casualidad, el día de mi cumpleaños la misa me recuerda que mi vida existe y me es dada para un bien, y que la realidad es un bien, como decía el cura que la celebró.*

Te lo agradezco. ¿Veis? Es una documentación de lo que leemos en *Crear huellas en la historia del mundo*: «¡Qué intensidad le está prometida a la vida de quien capte, instante tras instante, la relación que tiene todo con el origen! Cada instante tiene una relación definitiva con el Misterio, y por eso nada se pierde: por esto existimos, y en esto reside nuestra felicidad» (*Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019).

Como tú dices, cuando nos damos cuenta de lo que tenemos ante nuestros ojos empezamos a saborear más la realidad, igual que tú la saboreabas más cuando tus amigos te abrieron de par en par la mirada ante lo que tú misma les habías contado, pero sin darte cuenta, como tantas veces nos pasa. Este es el valor de nuestra amistad: ayudarnos a mirar. No se trata de autoconvencernos unos a otros de algo que no existe, sino de introducirnos en la realidad sin quedarnos, como dices, en la apariencia. Y solo

si tú lo haces primero, podrás ayudar después a tus hijos, a tus alumnos y a aquellos con los que el Misterio te ponga en relación durante la jornada.

Pero a veces estos signos nos parecen demasiado pequeños en comparación con el drama que estamos viviendo (coronavirus, crisis laboral y económica, situación mundial). ¿Acaso no es demasiado poco oír un programa en la radio o ver signos como los que contaba nuestra amiga para afrontar este desafío? ¿Qué valor tienen estos brotes ante dramas tan enormes? Parecen poca cosa. Por ejemplo, ¿qué valor habríamos dado a la curación del ciego de nacimiento si hubiéramos vivido en el contexto general del Imperio Romano? Parece nada. Es como si tantas veces afrontáramos estos desafíos sin que estos signos pudieran arañarnos ni ofrecer una respuesta para la dramática situación que tenemos que afrontar. Como me escribe una amiga: «Después de una jornada de trabajo bastante dura, fui al parque con mis hijos y me encontré a otras madres del movimiento que habían pensado lo mismo que yo. Llegó también una chica que no conocía y una de mis amigas me dijo: “¡Te la presento! La conocí aquí, en el parque, hace unos meses. Siempre venía con sus hijos, nos conocimos por casualidad. Después de unas semanas de encuentros fortuitos nos intercambiamos el número de teléfono y empezó a preguntarme por qué conocía a tantas madres y niños. Me hacía un montón de preguntas sobre la guardería y por qué éramos del movimiento de CL. A partir de ahí se despertó en ella mucha curiosidad porque, como también iba a la parroquia, le interesaba mucho conocer gente que tuviera fe y quisiera educar a sus hijos de una cierta manera”. Entonces me acerqué y me presenté. ¡Es una persona estupenda! En medio de varias conversaciones, salió el tema del colegio, y su deseo de matricularlos en el colegio de nuestros hijos, para lo que estaba dispuesta incluso a hacer un sacrificio económico porque para ella y su marido era algo demasiado importante. Me quedé muy impactada, nos despedimos, y nos dimos los teléfonos con el deseo de volver a vernos. Había también otras madres amigas ese día en el parque y fui a despedirme de ellas antes de volver a casa. Estaban muy bloqueadas, presas de la desesperación, porque un padre les había estado hablando del Covid-19 y de las catastróficas consecuencias que nos esperan para los próximos meses. Yo en cambio estaba contentísima porque me daba cuenta de que esa chica que había conocido me había abierto la mirada. Lo increíble era que, en ella, el miedo no estaba venciendo. Partía del hecho de haber percibido una manera distinta de estar en el parque en algunas madres y, aun a costa de sacrificios económicos, había decidido llevar a sus hijos a una escuela no estatal en este momento histórico en que el Covid-19 podría obligar incluso a otro cierre y a una crisis económica terrible. ¿Pero qué había visto? En la Jornada de apertura tú decías: “¿Dónde puede encontrar cada uno de nosotros algún indicio que permita reconocer la victoria del ser sobre la nada? [...] La del ciego de nacimiento no es una decisión ideológica, no es tomar partido, porque lo que le lleva a reconocer a Jesús es reconocer la evidencia de que ve. [...] Cuando estamos delante de algo que es capaz de cambiar la vida (como cambió la del ciego de nacimiento), no hay comparación posible” (pp. 8-10). Para mí, el encuentro con esa chica fue la gracia de esta evidencia: cuando estamos ante algo capaz de cambiar la vida, no hay comparación posible, este reconocimiento lo vence todo».

En esta situación tan dramática, ¿tal vez estamos dando un valor excesivo, estamos sobrevalorando estos pequeños signos (el ciego de nacimiento, un programa de radio, un amigo que me ayuda a ver, una joven madre que conozco con el parque)? No, porque todos estos hechos, por pequeños que sean, son el signo de esa Presencia de la que hablaba Azurmendi. Es decir, solo hay una explicación para que sucedan estos hechos, y es Cristo. Esto sí que puede desafiar cualquier situación, incluso la que estamos afrontando durante este tiempo en todo el mundo. Por eso comprendo perfectamente que la amiga que intervino antes estuviera tan agradecida porque el Misterio la haya introducido en la relación con Él a través de unos amigos, como esos dos que habían venido de fuera. Mediante estos pequeños hechos entramos en relación con él, de hecho hace falta que el Verbo se haga carne y habite entre nosotros para que sucedan estos hechos, como el encuentro con esa madre en el parque. Y esto no es solo algo ocasional, que sucede por casualidad, porque dentro de esta modalidad hay algo que debemos interceptar, de lo que debemos darnos cuenta.

*Hace trece años conocí por trabajo a un militar con el que, durante muchos años, mantuve una relación casi “solitaria”, yendo a visitarlo a su pueblo, invitándolo a las Escuelas de comunidad contigo, al Meeting en verano, etcétera. Por su parte, él era fiel a esta relación pero era como si eso nunca diera lugar, aparentemente, a una estabilidad y fecundidad para convertirse en punto de encuentro también para otros. Luego, hace unos años, una familia se mudó a su pueblo por motivos de trabajo: marido y mujer habían conocido el movimiento en su juventud, pero se habían alejado hacía tiempo. Unos años después, el marido volvió a acercarse al movimiento y más tarde también la mujer, así que mi amigo militar y esta familia se conocieron y esto ha generado lenta pero inexorablemente un punto de encuentro para todo el pueblo, empezando una Escuela de comunidad donde se invita a cenar a todos los que quieran (con permiso del virus); una cena con todo el pueblo, alcalde incluido, a partir de un encuentro sobre trabajo en el Meeting, apoyo escolar para los chavales del pueblo, implicando a otros profesores y a un círculo social que concede gratuitamente los locales, el Banco de alimentos. Frente a todo esto, me di cuenta de que estaba admirando lo que veía suceder. Primero veía y luego me di cuenta de que veía porque estaba admirando, decidiendo secundarlo después. Tras más de cuarenta años de movimiento, se me ha hecho evidente lo que la Jornada de apertura me hizo consciente como método, es decir, la descripción que hace Azurmendi de su encuentro no es solo la modalidad inicial, de la que luego se declina todo lo demás, actividades y obras incluidas, sino el método de Dios, porque sin este continuo asombro o admiración, yo no veo lo que Cristo hace suceder delante de mí o, mejor, no veo Su acontecer. Por tanto, no se trata de consecuencias funcionales o indicaciones específicas para después, sino que de la propia posibilidad de ver, como les ha pasado a ellos, nace la obra, entre otras cosas con una creatividad que no se puede dar por descontado.*

Durante años has ido a ver a ese amigo y parecía inútil porque no salía ningún fruto más allá de una bonita relación entre vosotros. Luego, de repente, con la llegada de esa pareja, empieza a florecer esa amistad hasta llegar a las obras. Aquí vuelve a suceder el itinerario del que hablábamos en la Jornada de apertura. Primero uno ve porque admira y luego lo secunda. Este es el método, que no solo describe el inicio, como hemos visto de distintas maneras en los que han intervenido esta noche. Cristo sigue estando presente en la historia tomando la iniciativa y documenta en nuestra vida el método con el que se hace presente –y así, poco a poco, su relación con nosotros se vuelve familiar– para llevarnos al Padre, como hizo con los discípulos. Solo en esta convivencia con él, que nosotros vivimos igual que la vivían los discípulos, poco a poco, en la relación con el Misterio florece una humanidad nueva, florece hasta las obras, no es simplemente algo que quede entre amigos: empiezan a proponer la Escuela de comunidad a los demás, hacen apoyo escolar implicando a otros, etcétera. Empieza a suceder una novedad que incide en todo el pueblo. Del ver admirando al secundar, hasta la obra.

Pero muchos se preguntan: «¿Y ahora que nos enfrentamos a nuevas restricciones impuestas por la pandemia, cómo podremos seguir adelante?». También en esta situación, siguiendo el método de Dios, un método que puede encarnarse de las formas más variadas.

*Mi confinamiento, como el de todos, no ha sido fácil. Además, ya venía de una situación bastante complicada. Un día hablaba por teléfono con una querida amiga, le contaba mis dificultades durante ese tiempo y ella me invitó a conectarme a la Escuela de comunidad por Zoom sin explicarme ni siquiera qué era eso. Acepté, pero me conecté sin cámara ni micro porque soy tímida y me da vergüenza. Oí hablar del brillo en los ojos, del nihilismo, de la nada... No entendía mucho, pero algo me llamaba la atención, tanto que, nada más acabar el encuentro, empecé a esperar el siguiente. Cuanto más participaba, más me sentía parte de algo, de un grupo. En los grupos, la última en llegar siempre es a la que más le cuesta, pero yo desde el primer momento me sentí acogida a pesar de no conocer a nadie. Un día vi un encuentro de Carrón sobre la esperanza [«¿De dónde nace la esperanza?», Meeting de Rímni edición especial, 20 de agosto de 2020], y me abrió el corazón. Qué bonito oír hablar de esperanza porque sin la esperanza y sin la fe, ¿a qué podemos agarrarnos? Me siento una privilegiada a pesar de todo lo que me ha pasado en la vida. Me siento amada, como si*

*alguien me tendiera una mano sobre la cabeza para protegerme. Esto fue después de conocerlos por Zoom. Luego vi el video de Azurmendi. ¡Guau! ¡Qué tipo tan fantástico! Me siendo un poco reflejada. Él conoció el movimiento escuchado la radio, yo por Zoom. Pero nos ha pasado lo mismo. Somos unos privilegiados. Me siendo serena después de escucharos y muchas cosas de mi vida están cambiando, hasta la relación con mis hijos. ¡A veces no me reconozco! Yo no era así. Siempre he sido una loca imprudente. Ahora no. Tal vez antes llevaba una máscara y ahora en cambio soy la verdadera yo.*

Te lo agradezco. Tú has encontrado el movimiento hace poco y –como veis– por Zoom.

Sí.

Esto es una ayuda para todos nosotros, porque no hay nada previsto respecto a la modalidad con que el Misterio puede alcanzarnos. Por tanto, lo único necesario es que estemos disponibles, tal como has testimoniado. Aunque al principio solo conocía a su amiga, enseguida se aferró a ese lugar del que luego salió aún con más potencia la fe y la esperanza que necesitaba para vivir y afrontar su vida, que no es fácil. La cuestión es si estamos verdaderamente disponibles para dejarnos sorprender por el Misterio, porque no sabemos previamente el “cómo”. El Evangelio lo documenta de muchas maneras. A Jesús lo podían encontrar desde uno que estaba en un árbol a otra que estaba junto al pozo, otro que iba por el camino o en el templo, en la sinagoga, hasta en un banquete de bodas. Dios puede usar cualquier medio, lugar o situación para interaccionar con nosotros, para llamar a nuestra puerta. Esperemos que, como ella, podamos estar igual de disponibles para hacernos cada vez más hijos.

*Quería pedirte ayuda precisamente sobre el concepto de filiación. ¿Cómo este sentirse hijos ayuda de manera concreta a permanecer en la conciencia cristiana? En mi vida, la conciencia de que Dios es padre me parece que no influye realmente en mis jornadas ni en mi forma de mirar la realidad, por eso me gustaría entender mejor qué quiere decir sentirse hijos.*

Esta noche ya hemos escuchado algo sobre esto, sobre cómo entrar en la realidad con esta conciencia empieza a cambiarla. Escuchemos cómo otros han descubierto lo que significa ser hijos.

*Hola, leo lo que te escribí después del equipo del CLU de septiembre: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Quería compartir contigo, llena de gratitud, el impacto de la jornada del sábado con el CLU. Breve premisa: durante los años de universidad, mi padre, ante una serie de dificultades mías, me dijo, casi inconscientemente: “Nosotros podemos apoyar la vida entera en Cristo porque Cristo es real”. Pues bien, hace unos días, ante mis dificultades para relacionarme, que sufro una y mil veces, de repente me acordé de aquella frase. Y me daba cuenta de que no estaba desafiando a Cristo a ese nivel. Es fácil hablar de entrar en la realidad, de vivir intensamente lo real, hablar de la carnalidad de Cristo o del amor de Cristo por mí, sin vivir nada de eso: pensando vivirlo, pero sin vivirlo. Pero dejarle entrar de verdad –no en el sentido moralista de decir “Jesús” de antemano sino verificando en la realidad que Él (¡hecho carne!) vence– es el desafío que quiero vivir. Al darme cuenta de lo que estaba perdiendo por el camino, empezó a suceder de verdad lo que se decía hoy en la asamblea. He vuelto a seguir, he vuelto al lugar donde la vida es más vida (dicho banalmente, a retomar el trabajo sobre Un brillo en los ojos). Cuando me conecté al equipo, ¡qué respiro, qué carne, qué vida! Como decías, la victoria aún no se da en ti pero la ves en otros: hombres vivos a los que miro totalmente cautivada y asombrada por la intensidad de vida que yo he perdido por el camino y que ellos me testimonian. Todo se ha esfumado. Cuando Él acontece el corazón se llena de una plenitud inimaginable, impensable, y todas las dudas y límites desaparecen por completo, en el sentido de que se hace evidente que nada, ni siquiera mi mal, es objeción para esta relación amorosa dentro de la cual la vida adquiere una intensidad inimaginable. La relación con Cristo, Dios hecho carne, acontece en una historia tan concreta que está hecha de rostros y de historia. Estoy llena de conmoción, y me doy cuenta de que esta conmoción –que no es sentimental sino profundamente real– es como una preciosa y fragilísima flor que ya corre el peligro, ahora, ya desde este mismo instante en el que te escribo, de quedar hecha pedazos por el viento del olvido. Pero no tengo miedo, sé que Él me reafirmará,*

*como hace siempre. Pero quiero mirar lo máximo posible todo lo que sucede y pedir al Señor que todo lo hace que sostenga esta disponibilidad que se ha abierto hoy como respuesta agradecida de mi corazón a Él, que me aferra por completo. Es una vida inimaginable».*

¿Veis? La filiación, antes que un concepto que entender, es una experiencia que uno debe reconocer porque estalla en su interior. Ella, participando en ese momento del CLU, ha visto estallar en su interior este respiro, esta vida, esta plenitud —«la vida adquiere una intensidad inimaginable»—, y por eso le invade la conmoción. Esto es la filiación, que se hace experiencia dentro de nosotros. ¿Pero cuál es el origen de esta experiencia? ¿Cómo se puede participar de esta filiación? Como decía ella, el origen de esta vida, de esta filiación, es seguir. En un momento dado, ella decía: «he vuelto a seguir, he vuelto al lugar donde la vida es más vida». Es sencillo. Vale para cada uno de nosotros. Como decía antes nuestra nueva amiga, que ha seguido conectándose por Zoom, nada más terminar la primera conexión ya estaba esperando la siguiente. Es como si se hiciera hija de ese lugar que la genera, igual que puedes hacer tú o que puedo hacer yo, tal cual. ¿Por qué? Por la conveniencia humana de esta filiación. ¿Quién la ha descubierto como algo que nos conviene?

*Hace quince años murió mi madre, con tan solo 53 años, después de una larga enfermedad. Fue un periodo muy doloroso, mi vida dio un vuelto, todos mis proyectos y deseos se desvanecieron en la nada, me encontré sin una madre, con una casa que gestionar y un padre que atender. Claro que tuve muchos amigos me acompañaron, pero ninguno de ellos podía colmar mi vacío. Siempre he sido creyente y practicante, pero ante todo lo que me estaba pasando me costaba aceptarlo, trataba de encontrar la solución y la respuesta para todo. ¿Resultado? Insatisfecha, cansada y desconfiada, era un continuo preguntarme: ¿qué quiere Cristo de mí? Hace cinco años decidí cambiar de trabajo y allí conocí el movimiento de CL. Movida por la curiosidad, empecé a participar en los gestos y encuentros que el movimiento me proponía. Me gustaba, aunque solo fuera por mirar a algunos de ellos, con unos ojos tan luminosos que no podía olvidarlos; de hecho, gracias esos ojos encontraba fuerza y coraje para afrontar las diversas dificultades del día siguiente, y del siguiente. Empecé a experimentar que Cristo me estaba rescatando, con su carnalidad, a través de una compañía que yo no he elegido. Aunque estoy en el movimiento desde hace más de cuatro años, hasta ahora no había decidido inscribirme en la Fraternidad. No me gusta hacer las cosas mecánicamente, varias veces tuve el deseo de inscribirme pero también un poco de miedo, quería que mi «sí» fuera maduro, libre. Nada sucede por casualidad. De hecho, fue precisamente durante el confinamiento cuando comprobé lo importante que es en mi vida esta compañía, aunque esté distante físicamente. Sencillamente haciendo memoria de lo que he encontrado, de los rostros y conversaciones que he tenido, al terminar la jornada estaba alegre. Solo gracias a una compañía que te devuelve a Cristo, se puede vivir así. Seguramente tendré muchas caídas, pero también tengo la certeza de que solo puedo levantarme si permanezco pegada a este lugar y a esta compañía donde Cristo se me hace presente.*

Es fácil. Pase lo que pase, solo podemos afrontarlo permaneciendo pegados a este lugar. Que te dieras el tiempo necesario para verificarlo, antes de inscribirte a la Fraternidad, como has contado, habla de la seriedad con que has recorrido este camino hasta adherirte plenamente consciente y libre, porque has experimentado que participando en un lugar así la vida adquiere un gusto que antes no tenía, de hecho estabas insatisfecha, cansada y desconfiada. Encontrar unos ojos luminosos te ha dado una energía que antes no tenías. Esta es la modalidad, que tú has reconocido, mediante la cual Cristo te ha conquistado y te conquista ahora. Pero ser hijos es una decisión que debemos tomar.

*Para mí siempre ha sido un drama vivir el tiempo, observar cómo fluye con la impresión de ser una espectadora ante su paso, vacío y sin significado. Y como siempre busco con todas mis fuerzas un significado, trato de llenar el tiempo de cosas. Este verano ha sido así. He seguido mis pasiones y deseos, he hecho muchas cosas preciosas que seguramente me han enriquecido. Pero ha habido un hecho que me ha atormentado todo el verano. Han operado a una chica de la casa de Memores Domini donde vivo. Nada grave, pero ha sido un hecho que nos ha interpelado a todas. Aunque se me ha pedido poco, lo he vivido con fatiga, como un peso. ¿Por qué? Porque era verano, tenía un*

*montón de proyectos de los que esperaba mucho. Me he dado cuenta de que lo que me daba y me da miedo era no tener vida. Me parece demasiado “arriesgado” vivir pendiente del instante, esperando recibir la vida del Único que, de hecho, me la puede dar, sorprendiéndome. “Darme la vida” realizando mis proyectos me suele parecer más seguro, más sólido. He experimentado lo que es vivir apoyada en esa Presencia que me hace libre y que hacer arder mi corazón de deseo allí donde esté. Algo que me está ayudando a entenderme, y al mismo tiempo me está provocando como nunca, es el punto sobre la conversión de Un brillo en los ojos: «No expresión de uno mismo, sino conversión de uno mismo» (p. 93). De buena fe, siempre había pensado que la frase: «La gloria de Dios es el hombre que vive» quería decir exactamente que la gloria de Dios es la expresión de mí misma, mi ser cada vez más yo misma, con todos mis intereses y pasiones. Pero si es así, ¿a qué se debe entonces toda mi tristeza cuando he huido de ese vínculo con las compañeras con las que vivo? Me he dado cuenta de que, si no me tomo en serio la fe, es decir, esa Presencia que tiene que ver con mi vida entera, y con los rostros que cada día la hacen viva e imponente ante mí, no tengo nada que decir, no tengo consistencia, nada de lo que hago tiene consistencia. ¡Qué escalofrío tan increíble toparme con esta evidencia! Porque mi libertad está llamada a entrar en juego de manera cada vez más dramática, pero la mayoría de las veces solo tengo el problema de sentirme viva si llevo a cabo alguna afirmación de mí misma, en vez de decidirme por Aquel que me hace estar realmente viva. Muchas veces esta decisión coincide con estar en lo que tienes delante, y cuando por gracia sucede así, entonces me siento verdaderamente libre y alegre, mucho más que antes porque espero con certeza a Otro, y no a mí misma, de la que no puedo esperar nada demasiado nuevo. Qué gratitud por haber encontrado el movimiento, porque para mí, tal como soy y en este momento, hay un camino. Y qué gratitud por el hecho de tener este deseo cada vez mayor de recorrer ese camino sin medirme, solo feliz porque existe, porque me veo cambiar y creo que para mí lo mejor aún está por llegar. Con el corazón lleno de gratitud por tu amistad, te doy las gracias.*

«Me parece demasiado “arriesgado” vivir pendiente del instante, esperando recibir la vida del Único que, de hecho, me la puede dar, sorprendiéndome». Por eso, muchas veces buscamos nuestra satisfacción en algo más seguro, al alcance de nuestra mano, es decir, en la expresión de nosotros mismos. Qué diferencia cuando, sin negar nada, experimentamos esa Presencia que nos llena cien veces más. «¡Qué escalofrío tan increíble toparme con esta evidencia!»». Esto te ha hecho darte cuenta de que ser hija implica tu libertad. «Mi libertad está llamada a entrar en juego». Porque solo así puede entrar Dios en tu vida. Dios no quiere imponerse a nuestro pesar, quiere entrar en nuestras vidas de puntillas. Para ti es decisivo dejarle entrar porque te das cuenta de que decidirte por Aquel que te hace estar viva es el camino que quieres recorrer. Decía Giussani en el fragmento que leíamos en la Jornada de apertura de curso: «No logro encontrar otro motivo de esperanza que no sea el multiplicarse de [...] personas que sean una presencia. El multiplicarse de estas personas y una inevitable simpatía [...] entre estas personas» (cit. en *Solo ves lo que admiras*, p. 34). Pero a nosotros, muchas veces, de nuevo, esto nos parece demasiado poco. Sin embargo, siempre es el método de Dios, que nos desafía para acompañarnos, como también hemos visto este verano.

*Quiero contarte la experiencia particular que estoy viviendo al leer el libro El abrazo. Desde mi juventud siempre he “devorado” los libros. Pero por primera vez, al leer este libro no consigo “mirar” más que unas cuantas líneas cada vez porque me pone delante de manera imponente toda la grandeza y belleza que conocí hace 36 años y que ahora tengo delante. Necesito tiempo para mirar, para saborear, para conocer de nuevo esta “extraña compañía” que creía conocer. Lo que me deja “clavada” en la lectura es cómo el Misterio me está devolviendo ahora lo que me ha pasado, desatando en mi corazón un deseo inesperado de conocer y a la vez de comunicar (empiezo a intuir que estas dos “cosas” van unidas) lo que me ha pasado y a lo que he dedicado mi vida. Solo pongo un ejemplo, sobre la caritativa. Desde hace tiempo tengo el deseo de retomarla. Leyendo la parte dedicada a Bocatas (la caritativa de los amigos españoles de la que habla Azurmendi), este deseo estalló dentro de mí y me ha movido y conmovido, hasta imaginar con algunos vecinos la manera de proponer una ayuda –durante la emergencia, que persiste– para las muchas personas ancianas que*



*viven en mi edificio, que es grande. No sé si será factible ni cómo, pero intuyo que este deseo es imparabile porque verdaderamente ha desplazado mi mirada, de mí misma (cómo afrontar la incertidumbre laboral, una salud con goteras, todo aquello de lo que no soy capaz) a la necesidad que tengo de comunicar a todos la belleza que he encontrado (como nos testimoniaba Xiao Ping en Huellas) y que este libro me está haciendo “admirar” hasta en detalles particulares inesperados, devolviéndomela de una manera totalmente nueva y “contemporánea”. Todo esto empezó durante el Meeting, después del testimonio del video de Mikel, así que imagina mi sorpresa cuando se volvió a proponer en la Jornada de apertura. Me has ayudado a comprender un poco mejor el origen, el método y el camino que esta “admiración” me está imponiendo (como al ciego de nacimiento) y también cómo se libra en mí toda la lucha contra el nihilismo, que siempre está al acecho para impedirme ver. Gracias, Julián, por no cansarte de sostener mi «sí» a Cristo y preocuparte por mi destino.*

Esta es la gracia que el Misterio nos concede dándonos amigos como Mikel, que todos tenemos ante nuestros ojos, igual que otros tenían al ciego de nacimiento. Entre nosotros tenemos muchas de estas personas que son presencias. Esto, el multiplicarse de estas presencias, es –dice Giussani– la esperanza, porque este ha sido siempre el método de Dios.

Quiero concluir nuestro momento de Escuela de comunidad relejendo algunos pasajes del Evangelio de Juan, donde vemos que las obras que Cristo realiza –también hemos oído el relato de muchas de ellas esta noche– no son solo pequeñeces para gente más o menos ingenua o “devota”, son el testimonio de la presencia del Misterio, del Padre. Dice Jesús: «Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero. Hay otro que da testimonio de mí, y sé que es verdadero el testimonio que da de mí». ¿Cuál es el testimonio que Dios, el Padre, da en Jesús? «Las obras que el Padre me ha concedido llevar a cabo, esas obras que hago dan testimonio de mí: que el Padre me ha enviado» (Jn 5,31-32.36). Esos hechos, por pequeños que sean (por ejemplo, para los que convivían con Jesús, el ciego de nacimiento; para nosotros, los hechos contados esta noche), son la documentación que el Padre nos ofrece mediante la obra de Jesús en medio de nosotros, por obra del Espíritu Santo. «Las obras que el Padre me ha concedido llevar a cabo, esas obras que hago dan testimonio de mí: que el Padre me ha enviado». Esto es lo que incrementa en nosotros la confianza necesaria para afrontar la situación trepidante que estamos viviendo. No solo estamos delante de ciertas pequeñeces, estamos delante de una Presencia que se documenta a través de estos hechos que podemos tocar con nuestras manos. Son hechos que nos hacen cada vez más conscientes de que Cristo testimonia en ellos la presencia del Padre y nos lo hace familiar. «Al hombre Jesús de Nazaret», dice don Giussani en una frase que siempre me ha llamado la atención, «investido del misterio del Verbo y, por tanto, asumido en la naturaleza misma de Dios (aunque su apariencia era completamente igual a la de todos los hombres), a este hombre no le veían hacer un solo gesto sin que su forma demostrase la conciencia que tenía, la conciencia del Padre». (cit. en *Un brillo en los ojos*, pp. 111-112).

Muchas de las cosas que hemos escuchado esta noche, en los diferentes testimonios, documentan que podrían no haber sucedido, y nosotros podríamos no haberlas interceptado, si no fuera porque, justo en la forma en que suceden, demuestran la conciencia del Padre, aunque de manera inicial, en aquel que las vive. Insistiendo en lo que caracterizaba la autoconciencia del hombre Jesús, Giussani nos introduce así en el misterio de estos signos. Jesús era consciente de que todo su valor dependía de la relación que vivía con el Padre, y que fuera de esta relación nada podría durar ni tener consistencia. Creo que no tenemos nada más interesante que escuchar que lo que hemos oído esta noche, justamente por el momento que estamos viviendo.

Escuela de comunidad. La próxima Escuela de comunidad será el miércoles 18 de noviembre a las 21.00 horas, por videoconexión. Como ya habíamos comunicado, seguiremos trabajando sobre la Jornada de apertura de curso y sobre el capítulo 6º del libro *Un brillo en los ojos*. Este 6º capítulo es especialmente decisivo para nosotros porque nos invita, como ya hemos empezado a ver esta noche, a tomar conciencia del carisma que hemos encontrado y de lo decisivo que es para que la experiencia de ser «hijos en el Hijo» pueda hacerse cotidiana, carnal, histórica, para cada uno de nosotros. En la

Jornada de apertura de curso, citando a don Giussani, decíamos: «La modalidad extrema con la que podemos quedar impactados por la permanencia de Cristo en la historia es aquella por la que el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo, nos hace encontrar a alguien siguiendo al cual la fe se aclara más fácilmente, se acrecienta la adhesión afectiva a la fe y la voluntad de difundir el reino de Cristo [de comunicarlo] se hace más consciente y más fácilmente creativa. Todo esto se llama *carisma*: es el *acontecimiento del carisma*» (cit. en *Solo ves lo que admiras*, p. 37). Sin esto ninguno de nosotros estaría aquí esta noche.

¿Pero cómo se documenta el acontecimiento del carisma hoy, para cada uno de nosotros, en la situación particular que debemos vivir? Tenemos este mes para interceptarlo cuando suceda.

Pandemia y vida de las comunidades. Todos estamos viendo la evolución de la difusión de los contagios en Europa y en el mundo, y debemos respetar las normas que progresivamente vuelven a determinar nuestra vida cotidiana. Por eso –como siempre hemos dicho estos meses– invito a todos ante todo a cumplir escrupulosamente las reglas emitidas por las autoridades, sin excepción, con una actitud de extrema prudencia y atención. Muchas veces la tentación de creernos por encima de estas reglas o de moverse de manera superficial esconde un juicio no expresado: «Si ciertas formas decaen, entonces ya no es posible vivir plenamente la experiencia del movimiento o, como mucho, se vive pero un poco menos». Pero, como hemos oído esta noche, la vida no decae, de hecho el Misterio nos puede sorprender dándonosla de una manera absolutamente imprevisible para nosotros. Por eso no imponemos ninguna medida a su creatividad a la hora de alcanzarnos, como vemos continuamente. Como decíamos en la Jornada de apertura de curso, en esto debemos desafiarnos y ayudarnos. Decíamos: El respeto a las reglas no puede ser objeción ante una vida que vive, sino más bien una gran posibilidad para expresar de formas nuevas la creatividad y la originalidad que emanan de la experiencia que vivimos. Y respecto a nuestros gestos decíamos: Si un gesto es algo que tiene la capacidad de tocarme, de cambiarme, ¿qué puede permitir que suceda este cambio? ¿Qué puede mover lo más íntimo de nuestro yo? ¿La presencia física por sí misma es capaz de hacerlo? Dejo abierta la pregunta para que cada uno pueda poner a prueba el método de la experiencia para responder de una manera verdaderamente humana. Porque el Misterio rompe constantemente todas nuestras medidas.

Huellas. *Quien tiene un amigo regala un tesoro.* Este es el lema de la nueva campaña de suscripciones de *Huellas*. *Huellas* es una forma muy sencilla de testimoniar y comunicar el tesoro que nos ha acontecido. Después de la conveniencia que hemos experimentado estos meses, ahora queremos ofrecer a todos la más amplia posibilidad de conocer *Huellas*. Por eso lanzamos una iniciativa extraordinaria de difusión, ofreciendo a los abonados la oportunidad de regalar una suscripción para un nuevo amigo a un precio muy ventajoso: solo 15 euros.

El movimiento propone a todos sostener estos dos gestos en los próximos meses.

En primer lugar, la Jornada nacional de recogida de alimentos, que tendrá lugar el sábado 28 de noviembre. Dada la situación, la propuesta que el Banco de Alimentos hará este año será necesariamente distinta de la que estamos acostumbrados –como veis, hace falta creatividad para no dejar pasar estos gestos–. No se propondrá “hacer una compra extra” sino adquirir una tarjeta en la caja del supermercado que luego se transformará en alimentos que el Banco repartirá. En la web [www.bancoalimentare.it](http://www.bancoalimentare.it) tenéis toda la información necesaria para saber cómo se desarrollará. Cada uno podrá ponerse en juego, de manera creativa y respetando lo que establezcan las normas, en muchos pequeños gestos en primera persona, dar a conocer mejor qué es el Banco de Alimentos, cuál es su origen, contarlo, explicar la propuesta de este año, invitar a vecinos, compañeros de clase o de trabajo, etcétera, porque la necesidad será cada vez más apremiante.

El segundo gesto es la Campaña Tende AVSI que este año tendrá como lema: *Amplía la mirada. La esperanza al lado del necesitado.* Será para apoyar proyectos en Burundi, Líbano, México, Camerún,

Siria e Italia (para ayudar a 3.400 familias italianas con dificultades debido a la emergencia del Covid).

La indicación para los que quieran organizar eventos de apoyo a la campaña es la de ponerse en contacto con AVSI para comprobar si el evento que se ha pensado cumple con todas las condiciones establecidas por la ley y las reglas vigentes. Para ello se puede escribir por correo electrónico a [retesostenitori@avsi.org](mailto:retesostenitori@avsi.org), o llamar al +39 3493093100. Aun con todas las limitaciones que habrá, invito a todos a implicarse de la manera que AVSI considere más adecuada para que en este año tan particular la campaña siga siendo una gran ocasión de encuentro con todos.

La recogida de alimentos y la campaña de AVSI son dos gestos sencillos que nos ayudan a ser más conscientes del alcance que tiene el encuentro que hemos tenido –y de cuánto necesitamos estos gestos nosotros, no solo los demás, para educarnos en la caridad–, para nosotros y para el mundo entero. Solo la sorpresa de un descubrimiento así puede animarnos a implicarnos por entero, y a implicar a la gente que nos rodea para que, por el brillo de nuestro rostro, pueda reabrirse una pregunta de verdad y el destello de una esperanza verdadera.

*Veni Sancte Spiritus*

¡Buenas noches a todos!